



## DOMINGO CUARTO DE CUARESMA.

### Continuación del santo evangelio según San Juan.

Después de esto pasó Jesús á la otra parte de la mar de Galilea, que es de Tiberiades. Y le seguía una grande multitud de gente porque veían los milagros que hacía sobre los enfermos. Subió pues, Jesús á un monte: y se sentó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la Pascua, día de la fiesta de los Judios. Y habiendo alzado Jesús los ojos, y viendo que venia á él una tan gran multitud. dijo á Felipe: ¿De dónde compraremos pan, para que coman estos? Esto decía por probarle: porque él sabía lo que había de hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no les bastan, para que cada uno tome un poco. Uno de sus discípulos, Andrés her-

mano de Simón Pedro le dijo: Aquí hay un muchacho, que tiene cinco panes de cebada, y dos peces: ¿mas qué es esto para tanta gente? Y dijo Jesús: Haced sentar la gente. En aquel lugar había mucho heno. Y se sentaron á comer, como en número de cinco mil hombres. Tomó pues Jesús los panes: y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados: y así mismo de los peces, cuanto querian. Y cuando se hubieron saciado, dijo á sus discípulos: recoged los pedazos, que han sobrado, que no se pierdan. Y así recogieron, y llenaron doce canastos de pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron á los que habían comido. Aquellos hombres, cuando vieron el milagro que había hecho Jesús, decian: Este es verdaderamente el Profeta, que ha de venir al mundo. Y Jesús cuando entendió, que habían de venir para arrebatarle, y hacerlo Rey, huyó otra vez al monte él solo. [Joan. VI. 1 . . 15.]

#### 1.

Vemos en este Evangelio, amados hermanos míos, cómo una gran turba rodeaba á nuestro Señor, siguiéndolo al otro lado

del lago de Tiberiades, pues atraía á la gente, la multitud de milagros que miraban. Y otro evangelista advierte que salían andando á pie de todas las ciudades y llegaban antes que los discípulos, [1] de suerte que dejaban sus comodidades sin pensar en los horrores del desierto ni temer su esterilidad, como debemos dejar los cristianos, dice San Jerónimo, las habitaciones de nuestras malas costumbres marchando con fervor en seguimiento de Cristo que sana todas las enfermedades del alma.

“Subió pues Jesús á una montaña y allí se sentaba con sus discípulos.” Y escogió la montaña, alejándose de las ciudades, ya para enseñarnos á huir la vanidad en nuestras obras, ya para insinuarnos que debemos subir á lo alto en la oración, dejando abajo al mundo para acercarnos á Dios, y por eso le acompañaban los discípulos en persona de todos los fieles. Y estaba cercano el día de la festividad de la Pascua de los judíos, lo cual nota el evangelista, porque iba á obrar el Señor un milagro figurativo de la Pascua de los cris-

(1) Marc. VI. 33.

tianos. “Y como levantáse los ojos Jesús y mirase que una gran multitud viene hacia él, dijo á Felipe; ¿de donde compraremos panes para que coman estos? Por los otros evangelistas sabemos que el Señor se llenó de compasión al ver aquella muchedumbre: (1) que eran como ovejas que no tenían pastor: (2) que los recibió gustoso y cortesmente les salió al encuentro: que comenzó á enseñarles muchas cosas: (3) que les habló del reino de Dios: (4) que sanó á los enfermos que lo necesitaban: (5) por fin, que ya era tarde y se inclinaba el día. (6) Después de todo esto, perteneciente al alma, pensó el Señor también en el socorro del cuerpo, y para llamar la atención hacia la obra que iba á practicar, dijo á San Felipe, uno de los apóstoles, que de donde podrían proveerse de pan para alimentar á las turbas; por donde se vé, cuán poderoso y solícito se muestra el Señor para proporcionar aun

[1] Math. IX. 36.

[2] Id. Ibid.

[3] Marc. VI. 34.

[4] Luc. IX. 11.

[5] Math. XIV. 14.

[6] Marc. VI. 35.

las cosas del cuerpo á los que le siguen. Y hace la pregunta, nó porque nada ignore, pues como Dios todo lo sabe. Y se advierte que Jesús levantó los ojos para ver á las turbas, porque "sus ojos son ventanas de salud y puertas patentes de misericordia por donde pasan la gracia y la verdad." Y aunque las turbas hambrientas ni piden de comer, ni se quejan, pero el Señor está pronto para socorrerlas, cumpliéndose así lo que dice un salmo: [1] "Nó padecen escasés los que le temen." Todo lo cual nos debe hacer muy confiados, hermanos míos, en la divina misericordia, y muy firmes en su santo servicio, pues nada falta ni en lo espiritual ni en lo temporal á los que le temen.

El Apóstol San Felipe respondió: doscientos denarios de pan no bastarian para que cada uno comiese un poco; por donde se ve cuan grande era aquella muchedumbre, pues con tan fuerte gasto apenas alcanzaban ligerísima comida. San Andrés, otro apóstol, hermano de San Pedro, dijo: aquí hay un niño que tiene cinco panes de cebada, pero esto es como nada para

(1) Psalm. XXXIII. 10.

tantos. Estos panes pertenecian á los mismos apóstoles, como consta por San Mateo (1) y San Lucas; [2] pero voluntariamente los ofrecian para que el Señor dispusiera de ellos á su voluntad. Muy sobrios eran los discípulos que tan poco prevenian para ellos, y esto poco, de pan de mala clase cual es la harina de cebada; mas por aquí se mira, dice el angélico Maestro, (3) que los apóstoles de tal manera estaban regalados con la suavidad de las palabras de Cristo, que más caso hacian de nutrirse con ellas, que de procurarse el corporal sustento. San Antonio de Padua, dice, [4] que los cinco panes significaban, el primero, el dolor del bien perdido; el segundo, el pudor del mal cometido; el tercero, el horror del juicio temido; el cuarto, el temor del suplicio merecido; el quinto, el ardor del arrepentimiento concebido. Y que los dos peces que acompañaban á los panes, eran, el propósito de mejorar de vida y la esperanza del perdón.

(1) Math. XVI. 17.

[2] Luc. IX. 13.

[3] Thom. in Math.

(4) Ser. in h. Dominic.

Dijo pues Jesucristo: "haced sentar á la gente. Mas había mucho heno en aquel lugar, y se sentaron á comer como en número de cinco mil hombres." Los apóstoles obedecieron al instante este precepto, y la gente se dejó dócilmente colocar por ellos, sin saber de qué se trataba, y aun sin pensar que era para comer, pues no veían de ello ningunos preparativos; y así debe ser la sencilla obediencia. Y el heno sobre el cual se sentaron, dice San Beda, que por él se entendía la concupiscencia de la carne á la que debe conculcar y oprimir quien quiera saciarse de espirituales alimentos, pues "toda carne es heno y toda su gloria como la flor del heno;" (1) y así, quebrantar esta flor, es castigar su cuerpo y reducirlo á servidumbre, domando los brios de la carne quien anhele gustar la dulzura del pan vivo. Y eran como cinco mil en número, por ser cinco los sentidos del cuerpo de que saben usar bien los que siguen al Señor.

Tomó pues Jesús los panes, y como hubiese dado gracias lo distribuyó á los que estaban sentados; de la misma manera de

(1) Isaí. XL. 6.

los peces cuanto querían. ¿Mas, porqué en vez de multiplicar los panes, no los creó el Señor de nuevo, sacándolos de la nada, lo que hubiera sido mayor milagro?

Lo primero, porque la creación nó se mira, y aunque mayor portento, sería menos notable; [1] lo segundo, porque la multiplicación queria figurar la multiplicación del Pan de Vida en el altar. Tomó pues el pan en las manos, para que con su contacto obrase en él la virtud de su divinidad; y de este modo los panes dice un santo, (2) como que iban dando á luz á otros panes, nó formados del grano de las espigas del trigo, sino fructificados de la mano del Señor. Y así como estos panes, mientras estuvieron en las manos del Señor, crecieron y se multiplicaron, lo que no hubiera sido permaneciendo en manos del niño que los portaba; así las obras que hacemos, en nuestras manos bien poco valen, mas si las ponemos en las manos de Cristo, su divina virtud las multiplicará, pues como dice San Pablo: "nó el que siembra ó el que planta, mas Dios es el que

(1) Ita. Liran.

(2) Basil. Seleuc.

da el incremento.» [1] En seguida el Señor da gracias, para enseñarnos á no tomar nuestro sustento sin recurrir á la acción de gracias, pues si nuestra comida toma principio de la oración y á su fin acaba en oración, dice San Juan Crisóstomo, [2] que nunca llegará á faltarnos, sino que como fuente copiosa brotará para nosotros todos los bienes.

Distribuyó Jesús los panes á los que estaban sentados. El Evangelista San Lucas, nos explica, que el Señor lo distribuyó á los apóstoles para que estos los sirviesen á las turbas; en figura de que ellos habian de ser los repartidores de las gracias del cielo, y los que habian de distribuir el pan de la predicación y de los sacramentos, enseñándonos el Señor al mismo tiempo, cuántos beneficios nos hace por manos de sus santos. Jesucristo ponía pues, en manos de sus apóstoles algunos fragmentos de los panes, y al caminar con ellos y al repartirlos iban creciendo de suerte, que no podían ya con ellos, y seguían creciendo en las manos de los co-

(1) 1. Cor. III. 7.

(2) Homil. LXXII. ad popul.

mensales para que de este modo fuesen todos testigos de la maravilla. Y lo que sucedía con los panes pasaba igualmente con los peces, de los cuales pedían cuanto querían, es decir lo que necesitaban ó apetecían para acompañar sus panes. Por esta distribución de unos cuantos panes y peces preparados para los apóstoles, se nos ha querido enseñar, que aun el que tenga poco, no está excusado de hacer limosna y por esto, como explica San Ambrosio, se dice en la Escritura: "Parte tu pan para el hambriento;" (1) no dice, dáselo todo, cuando no se tiene tal vez mas que uno, sino, *pártelo*, esto es, aunque tal sea tu pobreza que no cuentes mas que con un sólo pan, no obstante, pártelo, y dale al pobre; "y á los pobres sin abrigo, mételos en tu casa," [2] esto és, si no tienes ni un trozo de pan que darles, dales en que duerman en un rincón de tu casa.

Cuando quedaron satisfechos, dijo el Señor á sus discípulos: recoged los pedazos que sobraron para que no se pierdan. Aquella inmensa multitud, quedó

(1) Isai. LVIII. 7.

[2] Id. Ibid.

harta y satisfecha, porque la divina virtud, dice Alberto Magno, siempre crece y sobreabunda; y nó sólo bastaron los panes y los peces para saciar cinco mil hombres, sino que sobraron fragmentos en tal abundancia, que recogieron los apóstoles y llenaron doce cestos del resto de los panes, lo cual fué para que más resaltase el milagro y no se creyese que aquella comida había sido fantástica, puesto que quedaban los restos recogiendo de las manos de todos. [1] Y al decir el Señor que no se perdiesen, nos enseña, que ni el Pan del cielo, ni el de la tierra deben desperdiciarse, guardando el del cielo todo para nosotros, y el resto del de la tierra para los pobres. Este milagro, fué hermosísima figura del de la Eucaristía: el campo, es la Iglesia; el heno, las previas instrucciones; los hombres sentados, los fieles en la santa Mesa; los panes multiplicados, el Cuerpo del Señor; el pan en las manos en acción de gracias, la consagración hecha por el sacerdote; los apóstoles recibiendo los panes y distribuyéndolos, son los sacerdotes distribuyendo la comunión á los

[1] Ita. Theophilact. hic.

fieles; y los restos recogidos, son las Hostias sobrantes guardadas en el sagrario. Por esto la Iglesia nos pone este Evangelio cerca de la comunión de la Pascua. Preparémonos, cristianos á recibirla con las más santas disposiciones, y principalmente con una buena confesión de nuestros pecados. Amén.





## DOMINGO DE PASION.

### Continuación del santo evangelio según San Juan.

¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? ¿Si os digo verdad, porqué no me creéis? El que es de Dios, oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Los judíos respondieron y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres Samaritano, y que tienes demonio? Jesús respondió: Yo no tengo demonio: mas honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado. Y yo no busco mi gloria: hay quien la busque, y juzgue. En verdad, en verdad os digo: Que el que guardare mi palabra, no verá muerte para siempre. Los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes demonio. A-

—187—

braham murió, y los Profetas: y tú dices: El que guardare mi palabra, no gustará muerte para siempre. ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió y los Profetas, que también murieron? ¿Quién te haces á tí mismo? Jesús les respondió: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada es: mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. Y no le conocéis: mas yo le conozco: Y si dijere, que no le conozco, seré mentiroso como vosotros. Mas le conozco y guardo su palabra. Abraham vuestro padre deseó con ansia ver mi día: le vió, y se gozó. Y los judíos le dijeron: ¿Aun no tienes cincuenta años, y has visto á Habraham? Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuese, yo soy. Tomaron entonces piedras para tirárselas: mas Jesús se escondió, y salió del templo. (Joan. VIII. 46. . . 59.)

1.

En el Evangelio que acabais de oír amados hermanos míos, comienza nuestro Señor Jesucristo haciendo manifestación de su inocencia preguntando quién podrá ar-

güirle de pecado, así como en otro tiempo Moisés se justificó delante del pueblo (1) y lo mismo aquel gran Profeta Samuel. (2) Claro es, que siendo el Santo de los santos, nó tenía nuestro divino Salvador que justificarse; pero para enseñarnos que el que predica ó euseña debe testificar su buena conducta ante el pueblo que le escucha. Por eso sigue diciendo el Señor: "Si yo os digo la verdad, por qué no me creéis? Como si dijese: siendo íntegra é intachable mi conducta y no enseñándoos mas que la pura verdad: ¿Qué razón hay para que no me creais? El que es de Dios, oye las palabras de Dios, por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios." Palabras muy dignas de atención, hermanos míos, pues aquí nos dá una máxima el Salvador repetida por afirmación y negación. Por afirmación nos dice, que el que és de Dios, oye las palabras de Dios; y por negación lo confirma diciendo: vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Quiere decir que es una señal de ser de Dios, de militar bajo su bandera, de pertenecer á su

(1) Núm. XVI. 15.

(2) 1. Reg. XII. 3.

servicio, el oír la palabra de Dios; pero es bien claro que no se trata solo de oírla con los oídos exteriores, de oírla por fuerza ó de mala gana; sino por el contrario: "Oye la palabra de Dios, aquel que la ama y con devoción la recibe, por lo cual debemos escucharla con grande atención, con íntima afección, y con humilde reverencia como cartas que Dios nos manda desde el cielo. (1) Y el que de este modo oye la palabra de Dios, es el que á Dios pertenece, y de este habla el divino Salvador. Y para confirmar la misma verdad por el sentido opuesto, añade, dirigiéndose á los judíos: "por eso vosotros no la oís porque no sois de Dios." Terrible sentencia que manifiesta la proterbia de los judíos, rebeldes siempre á las palabras del Señor, la que ojalá no comprendiese á tantos malos cristianos que desprecian la palabra de Dios, que casi nunca la escuchan, y que cuando la escuchan no quieren docilitar sus corazones para recibirla y aprovecharla,

A estas máximas de Jesucristo, respondieron los judíos: "¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano y que tie-

(1) Dionis. Carthus.



nes demonio?" Temeraria presunción de estos insensatos, dice San Buenaventura, que al mismo tiempo que blasfemaban, aseguraban que decían bien. Y es de notar, hermanos míos, que de igual carácter son hoy los enemigos de Jesucristo: blasfeman de la religión, blasfeman de la fé, blasfeman de su divina Persona, y aseguran que dicen bien, que están en la verdad y que hablan en nombre de la ciencia; mas "llamándose sabios, volviéronse estultos," como dice San Pablo. [1] Nuestro Señor Jesucristo, con suma mansedumbre y benignidad respondió á aquellas atroces injurias: "Yo no tengo demonio, mas honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado á mí." Le habian llamado samaritano, esto es, hereje, de mala raza, de mala compañía; pero á esta injuria nada responde el Señor, y és dice Santo Tomás, porque como había llegado el tiempo en que había de haber un solo redil bajo de un solo Pastor uniéndose los gentiles con los judíos, no quiso el Señor negar que fuese samaritano, pues para los samaritanos venia como para todos, sin hacer caso del sentido in-

(1) Rom. I. 22.

jurioso que á esta palabra daban sus enemigos. Contentóse pues con responder, "yo no tengo demonio." Y en esto se defiende y se vindica, porque se trata de la honra de su Eterno Padre, y por honrarlo repele esa calumnia, enseñándonos de este modo que debemos perdonar y sufrir con mansedumbre las injurias que atañen sólo á nuestra propia persona; pero que debemos rechazar aquellas que son contra Dios y oscurecen su gloria. Por eso, dice un sabio Cardenal, [1] nó responde el Señor á la propia contumelia con que le llaman samaritano; sino á la injuria que hacen á Dios cuando le dicen, "tienes demonio," porque esto directamente tendía á arrancar la fé de los creyentes, obscurecía la verdad de su doctrina haciendo gran daño á todo el pueblo. Bien había podido replicarles, dice San Beda, que ellos eran quienes tenían al demonio, pues no podían blasfemar de ese modo sino con él adentro; mas no quiso decir esto, aunque tan verdadero, para no parecer que provocado volvía injuria por injuria, enseñándonos de esta suerte, que al recibir injurias callemos aun los verdaderos males del pró-

[1] Hugo Card.

jimo, para no cambiar los derechos de la justa corrección, en satisfacción de ira ó venganza.

2.

Continúa diciendo nuestro divino Salvador: "Yo no busco mi gloria, hay quien la busque y juzgue." Jesucristo en cuanto hombre, dice el Cartusiano, nunca buscó la gloria del siglo, ni las honras mundanas, ni vanidad alguna; por lo cual muchísimo menos debemos nosotros, vilísimos pecadores, buscar nuestra propia gloria ni apetecer nuestra honra, ni querer presidir ni ser glorificados. El Señor, añade San Beda, reserva al juicio de su Padre aquellas contumelias, para insinuar-nos cuánta paciencia debemos tener en las injurias sin apetecer la venganza. "Hay quien busque y quien juzgue," añade nuestro divino Salvador, dejándonos con esto el ejemplo "para que sigamos sus pisadas pues cuando recibía maldiciones, él no maldecía, ni cuando padecía, lanzaba amenazas." (1)

"En verdad en verdad os digo, que él que

(1) 1. Petr. II. 23.

guardare mi palabra no verá la muerte para siempre." Vuelve el Señor, sin hacer aprecio de las injurias de sus enemigos, á continuar su predicación, recomendando la eficacia de su palabra, anunciando que no verá la muerte eterna el que la guardase. No dice simplemente, el que la oyese, sino, el que la hubiese guardado; primero por la fé y la continua meditación, dice Santo Tomás, y segundo por el ejercicio de las buenas obras; San Buenaventura, explica: guardando la palabra tanto en el corazón como en las obras; otro doctor explica, [1] recibiendo mis palabras con la fé, amándolas con el afecto y practicándolas con las manos.

"Dijeron los judíos, ahora conocemos que tienes demonio; Abraham murió, y los profetas, y tú dices: el que guardare mi palabra no gustará muerte para siempre. ¿Por ventura, eres tú mayor que nuestro padre Abraham que murió, y los profetas que también murieron? ¿Quién te haces á tí mismo?" Mirad hermanos míos, qué perversidad y qué mal corazón de los judíos, que de las palabras del Señor, y de sus benignísimas promesas no quieren sa-

[1] Salmeron.

car sino nuevas injurias, errores y blasfemias; el Señor promete que no morirá eternamente el que escuche sus palabras y estos hombres tergiversando sus palabras, fingen creer que habla de la muerte temporal, y por eso le arguyen que si Abraham y los profetas murieron siendo tan santos ¿cómo el Señor promete que no han de morir los que oigan su palabra? Poca atención bastaba para comprender que el Señor hablaba de la muerte eterna y nó de la muerte temporal; pero fingen entenderlo de otro modo y toman de aquí ocasión para acriminar sus palabras, hasta llegar al atrevimiento de decirle: “¿Tú á quien te haces á tí mismo?” y repitiendo su pasada blasfemia: “ahora conocemos que tienes demonio.” Jesucristo, con suma mansedumbre, les respondió diciendo: “Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada es: mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios: y si dijere que no le conozco, seré mentiroso como vosotros. Mas le conozco y guardo su palabra. “Abraham vuestro padre, deseó con ansia ver mi día: le vió y se gozó.” Jesucristo declara que es nada la gloria cuando es falsa y mentirosa, cuando no es cierto lo que se atribuye; y apela al testi-

monio de su Padre que se escuchó en el Jordán y en el Tabor. Les dice que no conocieron al Señor á quien proclaman su Dios, como si dijese: os jactais de que el Señor es vuestro Dios, pero no le conocéis, pues al que predica y trabaja por su gloria lo colmais de injurias y nó quereis recibirle. [1] Y esto mismo se aplica á nosotros, cristianos, que si decimos conocer á Dios y nó observamos sus mandamientos, somos mentirosos y la verdad no está en nuestros labios. “Abraham vuestro padre, continúa Cristo, deseó con ansia ver mi día, vióle y se gozó.” ¿Cómo se entienden estas palabras? Santo Tomás lo explica diciendo: dos son los días de Jesucristo; uno es el día de la eternidad del cual se dice: “Yo te he engendrado el día de hoy;” (2) otro es el día de su Encarnación, del cual decía el Salvador, “conviéneme operar mientras es de día.” (3) Abraham, pues, deseó ver uno y otro día, y los vió con los ojos de la fé. San Crisóstomo explica que el día que deseó ver Abraham era el de la Pasión del Señor, y que lo vió

(1) Hugo.

[2] Psalm. II. 7.

[3] Joan. IX. 4.

en la oblación de Isaac, y sacrificio del carnero, pues como Isaac llevaba la leña, así el Señor llevaba la cruz. Beda cree que vió al Señor cuando hospedó aquellos tres ángeles, figura de la Santísima Trinidad. Lo cierto és, que los judios nó comprendiendo las palabras del Señor, como escandalizados le dijeron: ¿aun no tienes cincuenta años y ya viste á Abraham? Jesús les respondió: "En verdad en verdad os digo: que antes que Abraham fuese, yo soy." Gran confesión de su divinidad! pues como Dios, es antes de todos los siglos, los judios toman piedras para lanzarlas sobre el Señor; mas Jesús se escondió y salió del templo; se escondió para reservarse á muerte más dolorosa, dice el doctor angélico, asi como para darnos ejemplo de declinar la malicia de nuestros perseguidores. Pidamos al Señor hermanos míos, que nó se esconda de nosotros ni salga del templo de nuestra alma, lo cual significaria, lo que significó para los judios, un eterno abandono. Deseemos ver el día de su eternidad, guardando fielmente sus palabras, para que libertados de la muerte eterna nos gocemos con él perpetuamente en la gloria. Amén.



## DOMINGO DE RAMOS.

**Continuación del santo evangelio  
según San Mateo.**

Y cuando se acercaron á Jerusalem, y llegaron á Bethphage al monte del Olivar: envió entónces Jesús á dos discípulos. Diciéndoles: Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella: desatadla, y traédmelos: Y si alguno os dijere alguna cosa, respondedle que el Señor los ha menester: y luego los dejará. Y esto todo fué hecho, para que se cumpliese lo que había dicho el profeta, que dice: Decid á la hija de Sión: Hé aquí tu Rey viene manso para tí, sentado sobre una asna, y un pollino hijo de la que está debajo de yugo. Y fueron los discípulos, é hicieron